La habitación del fin del mundo

La habitación del fin del mundo

Dani Padilla

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía del autor: Archivo del autor

© Dani Padilla 2024
© Entre Libros Editorial LxL 2024
www.entrelibroseditorial.es
04240, Almería (España)

Primera edición: octubre 2024
Composición: Entre Libros Editorial
ISBN: 978-84-19660-62-6
Depósito legal: AL-3499-2024
Impreso en España - *Printed in Spain*

"El único deber que tenemos con la Historia es reescribirla".
Oscar Wilde, poeta y dramaturgo irlandés.
(1854-1900).

Esta novela es una obra de ficción. Todos los personajes históricos, localizaciones, sociedades y eventos únicamente han sido utilizados de manera ficticia derivada de la propia imaginación del autor.

INTRODUCCIÓN

Más allá de la luz

—¿Te has fijado en eso?

Su compañero despegó la vista del rebaño y observó cómo un potente haz de luz emergía desde un punto determinado de la montaña apenas a un centenar de metros de su posición. Ambos pastores se detuvieron a mitad del prado mientras observaban el fenómeno.

—A alguien se le ha ido la mano con el candil; seguramente a algún ermitaño de la montaña.

—No digas estupideces, Marcel. Esa luz es demasiado potente como para provenir de un candil. Y no creo que sea un incendio, ya que permanece fija en un mismo punto.

Uno de ellos emitió un sonido característico para controlar el rebaño de ovejas, que comenzaba a inquietarse. El cielo rojizo del atardecer dibujaba claroscuros en el paisaje boscoso mientras la fuente de luz continuaba intacta en la misma posición.

—Deberíamos avisar al capataz. Si llegamos tarde, nos buscará la vuelta y se justificará con cualquier cosa.

—No vamos a avisar a nadie —le contestó el más avispado—. Luego pasa lo que pasa: que cuando descubrimos algo, él lo hace suyo. Recuerda la vez que encontramos aquel cofre en las ruinas de la antigua mina. No obtuvimos recompensa alguna. Y todo por decirlo. Si nos hubiéramos callado la boca, probablemente no estaríamos al mando de este mísero rebaño.

Ambos rememoraron aquel momento y asintieron a la vez mientras miraban el grupo de pobres ovejas.

—¿Y si fuera algún tesoro? Esa luz no es normal.

Bernat, que de los dos era el que tenía más experiencia, se movió instintivamente y agarró a su compañero de los hombros con decisión.

—Te diré lo que vamos a hacer: vas a ir al pueblo y vas a decirle al capataz que me he perdido. Llévate a los perros y controla el rebaño. Iré a ver de qué se trata.

—No deberías hacerlo solo —le contestó Marcel con un halo de tristeza en el tono.

Aunque Bernat no lo respetaba en absoluto, él lo consideraba su amigo por la cantidad de aventuras y experiencias que habían compartido durante esos últimos años. Por eso lo apremiaba para que no se marchara solo a la montaña a esas horas.

—No me ocurrirá nada. Regresaré cuando anochezca y me inventaré alguna historia. —Su amigo lo miró infeliz—. Quiero ver esa luz de cerca.

Bernat abandonó el páramo en el que se alimentaba el rebaño y se adentró en el sendero boscoso que ascendía hacia el brillante fulgor. Había escuchado demasiadas invenciones sobre esa montaña, alguna de ellas carente de sentido. Sacó del zurrón una navaja artesana y se perdió entre la maleza. Desde su posición, su compañero Marcel

vio cómo la figura se introducía en la negrura y prefirió esperar un buen rato antes de hacerle caso y regresar al pueblo.

A medida que el camino se hacía angosto, sus pies sufrían más debido al deplorable estado de sus sandalias. Aun así, su voluntad de descubrir de dónde provenía el haz de luz se mantenía intacta. Rudo padre de familia como pocos en el pueblo, Bernat era consciente de que cualquier segundo de su vida tenía más importancia que ninguno de los trabajos que le mandaba aquel mísero capataz que los dirigía. «Algún día nos independizaremos de él», le repetía hasta la saciedad a su sufridora esposa.

Ascendió a través de un risco en la ladera que lo llevó hasta el lugar del que provenía la misteriosa y potente luminosidad. Al estar situado apenas a veinte metros de distancia, su corazón comenzó a bombear emocionado. Lo que veían sus ojos era bellísimo. A medida que se acercaba, parecía penetrar en un paraíso celestial que hacía la función de atraerlo más y más. La potente luz blanca se mezclaba con destellos azulados que bañaban buena parte del terreno que pisaba, y pese a no estar presente en muchos de los oficios religiosos que se llevaban a cabo en la parroquia de su pueblo, Bernat se llevó las manos a la frente y se santiguó en repetidas ocasiones.

El fulgor emergía desde una oquedad formada en la pared rocosa, y desde esa posición en las alturas podía contemplarse una parte amplia del territorio colindante al macizo. La cavidad tenía el tamaño necesario para que cupiera una persona, así que el pastor se agachó para observar el interior. Al quedar deslumbrado por el brillo, llegó a la conclusión de que lo mejor sería penetrar a través del acceso en la roca.

—¿Hay alguien? —preguntó, sin obtener más respuesta que el incesante brillo.

Una vez que estuvo dentro, no experimentó ninguna sensación extraña, aunque le resultaba difícil contemplar a su alrededor. Sin embargo, como si aquel lugar tuviera la certeza de que había

sido invadido, la luz desapareció de repente, dejándolo rodeado de una oscuridad absoluta. Bernat no encontró hoguera ni fuente de energía de la que hubiera podido emanar tanta luminosidad. «¿Qué demonios ha sido eso?».

Palpó en el interior del zurrón, y como ya había hecho en infinidad de ocasiones durante las interminables noches de pastoreo invernal, encendió un fuego mediante la ayuda de un pedernal, un extracto de pirita, aceite y un rasgón de tela antigua.

Lo que el fuego alumbró a continuación no le llamó la atención en absoluto: había penetrado en una caverna en la que un corredor angosto se adentraba en otra cámara similar. Descendió durante varios minutos con la idea de descubrir la procedencia de esa luz. ¿Acaso no la había visto en realidad? Comenzó a dudar a cada paso que daba. Le pareció escuchar el vago rumor de un flujo de agua a su alrededor, pero fue incapaz de verlo debido a la poca incidencia del fuego en la oscuridad que lo rodeaba. La atmósfera era cada vez más densa.

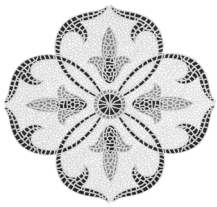
A medida que descendía a través del sendero rocoso, percibió destellos azulados a ambos flancos, como si hubiera un centenar de extractos minerales incrustados en las rocas que brillaban al reflejo de su improvisada antorcha. Aquello debía ser muy valioso, pero no tenía las herramientas adecuadas para extraerlo. Volvería al pueblo, se lo explicaría a Marcel y al día siguiente regresarían con lo necesario para sacarlos de allí. Sin embargo, una vez llegado a un punto en concreto, se topó con una inscripción en letras doradas incrustadas en la piedra. Se detuvo y la iluminó mientras la observaba.

El significado de esa advertencia era de suma importancia, pero Bernat era un hombre que había dedicado su vida y alma al campo y no sabía leer. Aquello era para las personas refinadas y para el clero, pensaba él, no para los hombres que se ganaban la vida con sus manos. Con una idea terriblemente desconocida del

lugar en el que se había adentrado, continuó su camino hacia las profundidades sin atenerse a las consecuencias.

Horas más tarde, el capataz y su inseparable compañero Marcel registraron la zona viendo que había anochecido y el pastor no regresaba al pueblo. Se realizaron batidas por los alrededores, pero nadie fue capaz de encontrarlo. Tampoco hallaron la cavidad rocosa por la que se había introducido horas antes, y Bernat se dio definitivamente por perdido dos días después. Una semana más tarde, el haz de luz volvió a aparecer en el mismo lugar exacto que lo había hecho la última vez.

La historia diría que fueron dos pastores los que descubrieron por primera vez la potente luz que provenía de la montaña, aunque en realidad fueron tres. Solo que uno de ellos no regresó jamás.



CAPÍTULO 1

El anticuario

Gael Navarro miró a través del cristal de la ventana para poder contemplar mejor el pavimento mojado. La lluvia caía con destreza, esquivando la altura de los edificios a la par que se afianzaba en la estrecha calle que los separaba; dibujaba formas extrañas mediante unos movimientos concisos, majestuosos y cautivadores.

Antaño, la calle Petritxol fue sinónimo de arte, de galerías y de una refinada cultura culinaria expuesta en su decena de locales originales. Situada en el casco antiguo de la Barcelona medieval, el estrecho pasaje se extendía desde uno de los ramales de La Rambla de las flores hasta desembocar en la plaza del Pi, en cuya basílica residía uno de los lugares más sagrados de la Ciudad Condal.

Sin embargo, una decadente globalización al servicio de los caprichos de la ciudadanía había obviado por completo el buen hacer artesano, desviándose de manera cada vez más descarada

hacia una realidad de acciones momentáneas, donde apenas se valoraba ya la paciencia ni el peso de la experiencia.

Y en aquella extraña tesitura, más afianzada si cabía por la pandemia de la que todos habíamos sido testigos en mayor o menor medida, también había afectado al negocio de la compraventa y el traspaso de antigüedades. Gael Navarro regentaba la galería de antigüedades que, allá por los años cuarenta del siglo pasado, su abuelo paterno había tenido el afán de inaugurar con el fin de mostrar al mundo su pequeña colección privada proveniente de diferentes partes del globo.

Eran otros tiempos, sin duda. Épocas de exposiciones internacionales, de la más absoluta evolución de los gabinetes de curiosidades que, a principios de siglo, se pusieron de moda en Londres o Nueva York. El caso es que el pionero de los Navarro, Leopoldo, tuvo la iniciativa de sobreponerse a una dura pos guerra civil y saber engranar la forma de llamar la atención con sus objetos. La Galería de Antigüedades Navarro se convirtió en una de las más prolíferas de la ciudad; y huelga decir que Barcelona era un punto importante en el globo.

Después de él vino Víctor, su hijo, quien había traspasado las barreras locales para afianzar un negocio también expuesto al fraude y a la mentira. Licenciado en Arqueología por la Universidad de Barcelona, la explotación de yacimientos arqueológicos en los que a menudo trabajó lo abastecieron de piezas para el intercambio, haciendo crecer el negocio exponencialmente hasta límites no imaginados por su antecesor, ya entrado en edad y fuera del circuito por aquellas alturas.

Además, Víctor Navarro era un hombre de reputada fama; el buen exponente de profesor licenciado, anticuario profesional y arqueólogo en sus ratos libres. Una especie de Sylvanus Morney —el tipo que descubrió y documentó para *National Geographic* las ruinas de Chichen Itzá— más avanzado a su época. El negocio

familiar había vivido dos épocas doradas consecutivas durante el siglo veinte gracias a la buena gestión de sus administradores y a la necesidad de conocimiento y curiosidad de la sociedad.

Sin embargo, para cuando Víctor le cedió el cargo a su hijo Gael, un joven brillante licenciado en Periodismo, el mundo había cambiado a marchas forzadas.

La gente miraba hacia el futuro en lugar de al pasado. Internet y la moderna digitalización habían ayudado, no obstante, a exponer grandes catálogos a un mayor abanico de público tanto profesional como aficionado: colecciones privadas, museos públicos o gente con suficiente capital dispuesta a dejarse una fortuna con tal de aparentar un conocimiento que no tenían.

Aquellas vulgares circunstancias fueron mermando la fiel clientela que su galería mantenía desde hacía décadas. Algunos por edad y otros por agotamiento, fueron abandonando las interacciones con el negocio de los Navarro, moribundo desde hacía ya demasiado tiempo como para intentar llevar a cabo una acción salvadora.

Apenas habían tocado las ocho de la tarde cuando Gael deshizo sus pasos y volvió hacia el centro del local. Incrustado en la planta baja del número 10 de la calle Petritxol, el arquitecto que lo diseñó lo hizo en forma de ele invertida, con dos salidas, dotándolo de un espacio conciso acorde con las tendencias de la época en la que fue concebido. Sin embargo, durante los últimos años había sufrido diferentes reformas para adecuar las instalaciones. La entrada se dividía en dos pasillos cortados por una serie de columnas de cristal que contenían activos para la exposición y venta. Al final de ambos pasillos se situaba el puesto administrativo del negocio: una antigua mesa de madera de abedul del siglo XIX que albergaba un moderno equipo informático y una serie de cajoneras distribuidoras en las que Gael administraba y documentaba el material expuesto en la galería. En la pared del fondo, otra vitrina contenía una hilera de volúmenes antiguos sobre pasajes escritos a mano de

las dos guerras mundiales y de la contienda civil española, acaecida del treinta y seis al treinta y nueve. También se exponían diversos tomos medievales, artilugios que provenían de la Inglaterra de la primera revolución industrial e incluso un retrato firmado por el mismísimo Percy Fawcett, el visionario explorador inglés que desapareció en el Amazonas a principios del siglo xx y del que ríos de tinta se habían escrito.

Sin lugar a duda, la galería de antigüedades mantenía ese halo de interés en los más puristas, pero para la gente de a pie, la gente de calle, esa era otra historia. En la última semana, Gael solo había facturado el montante de una operación, y fue gracias a un proveedor manchego al que le encantaba mover diversas piezas para mantener un negocio que, en general, se pudría con el paso del tiempo.

Si para Gael —recién cumplidos los cuarenta, recién separado y con la autoestima al nivel del pavimento que pisaba— aquello era una forma de vida, pronto debía pensar en un cambio, ya que las deudas estaban comenzando a ahogarlo sobremanera.

Si bien el local era de su propiedad y el amplio piso de la calle Mallorca en el que residía había formado parte de una herencia directa de su abuelo, las cifras no le salían para mantener a flote el negocio.

Aquella misma jornada, ese lunes lluvioso del mes de marzo, solo una pareja de curiosos había entrado en la galería. Pero tras observar de cerca la colección de astrolabios navales expuestos en la columna central, se habían marchado por donde habían entrado sin siquiera saludar. Se acabaron los días de gloria. Desde hacía algún tiempo, las únicas esperanzas profesionales de Gael residían en la aceptación de una solicitud de trabajo que le había enviado a un antiguo colaborador de su padre, director adjunto de un periódico de tirada nacional que podría darle un empujón para entrar a formar parte de la redacción del rotativo; o más que un empujón, hacer que su expediente se colocara encima del de otros candidatos al puesto.

Últimamente dedicaba su tiempo en la galería a hacer balance sobre colecciones, a escuchar música clásica de Wagner —por aquello de mantener cierta épica en su día a día— y a leer, a leer mucho. Leía sobre arte e historia, sobre Salvador Dalí y su relación con el surrealismo. Sobre los grandes imperios precolombinos, sobre los problemas que llevaron a Europa a las dos grandes guerras y de los que todavía no habíamos aprendido. Explorar la historia evadía su cotidianidad.

El anticuario se acercó de nuevo a la entrada del local, volvió a echar un ojo a través de su ventana, observando de nuevo el fino y melancólico caer de la lluvia, y cerró la puerta con llave.

Sin embargo, a los pocos segundos de girarse, alguien aporreó la puerta desde fuera.

Además del susto que se llevó, su primera intención fue la de repeler al supuesto vándalo con una reprimenda, pero al darse la vuelta se quedó vagamente sorprendido.

Tras la puerta de cristal había aparecido una mujer que no debía llegar a los treinta, con el cabello oscuro y lacio, tez blanca, labios finos y una mirada penetrante que mostraba cierta ansiedad. Vestía unos pantalones anchos marrones y una camisa azul marino. No llevaba cazadora y estaba empapada por la lluvia.

Gael miró su reloj —pasaban diez minutos de la hora de cierre— pero asintió, y después de hacer un ademán de advertencia se acercó a la puerta. La clienta potencial se apartó de esta mientras el anticuario abría y la invitaba a entrar.

—Creo que tendrías que haber cogido el paraguas antes de salir de casa —afirmó él para romper el hielo.

La joven no contestó y simplemente se limitó a entrar y a sacudirse las botas de piel en la alfombrilla de la entrada. Llevaba consigo una pequeña bolsa de terciopelo de color burdeos. Acto seguido, emitió un mensaje de bienvenida con cierto tono de disculpa:

—Lamento las horas. Gracias por abrirme.

—No te preocupes. Pasa, por favor.

Gael se dirigió al centro del local, rodeó la mesa de madera y se sentó en su butaca. La mujer parecía nerviosa y descolocada. Además de por su vestimenta, de un toque *vintage* muy acertado, su mirada se detenía en todos y cada uno de los objetos que había expuestos en la tienda; tardó cerca de un minuto en llegar hasta el puesto del anticuario, quien la observaba sin perder detalle.

—Regenta usted un negocio muy bonito —expuso a modo de cumplimento.

—Gracias. ¿En qué podría ayudarte? —Desvió la mirada hacia la bolsa de terciopelo que ella portaba en su mano derecha.

Tenía las facciones marcadas y las manos delicadas con uñas sin pintar, sin pulseras ni tatuajes visibles. Sin embargo, lo que más llamaba la atención eran sus pupilas. De un color avellana profundo —del que, según estimaciones, tan solo el cinco por ciento de la población mundial tenía—, contenían un halo de misticismo que atrapó al anticuario de inmediato; como si aquella mirada hubiera vivido mil vidas diferentes y se hubiera plantado frente a él en su propia galería.

—Me pregunto si usted acepta artículos antiguos para su colección.

Al ver que no contestaba, asimilando la visible redundancia de la cuestión, la joven rio y pareció ruborizarse por un instante.

—Creo que has venido al lugar adecuado —le contestó Gael mientras abría las palmas de las manos.

El anticuario, aun sin ser un portento físico en ciernes, poseía un toque atractivo que el paso del tiempo había cincelado hasta convertirlo en un hombre de grata presencia.

La clienta dejó sobre la mesa la bolsa de terciopelo y de su interior extrajo un objeto que colocó frente a su interlocutor. Su primera impresión profesional fue positiva, algo que le hizo fruncir el ceño y prestar la máxima atención a lo que estaba a punto de coger con sus propias manos. Después de la aceptación de la

mujer, Gael lo observó más de cerca. Se trataba de un estuche de madera algo inusual. Apenas medía veinte centímetros de largo por unos siete u ocho de ancho y unos cuatro de altura. Por sus dimensiones, podría atribuirse perfectamente a un recipiente de pluma estilográfica o de lapicero. No obstante, era su composición lo que le llamaba la atención al propietario de la galería.

La marca de la beta dictaminaba que era antiguo, pero Gael no podía adivinar cuánto, ya que necesitaría un estudio más exhaustivo para poder averiguarlo. Sin embargo, ese tipo de madera se caracterizaba por aguantar de maravilla el paso del tiempo, y aquello no dejaba de ser un claro ejemplo. El hecho diferencial residía en la propia composición de sus formas. Tanto en su parte frontal como en los laterales, el recipiente contaba con una serie de engranajes incrustados; todo un trabajo milimétrico sobre un diseño admirable. A simple vista, no sabía si aquellos engranajes tenían una función concreta o se trataba de un mero elemento decorativo sobre una mecánica bien definida. Llamaban también la atención varios detalles de estilo árabe añadidos en los extremos que habían perdido su color original con el paso de los años.

—Es muy bonita, de muy buena factura. ¿Qué puedes explicarme de este objeto? —le preguntó a la clienta mientras lo volteaba en sus manos.

Ella, que parecía estar lidiando con un estado de nerviosismo atroz, arqueó las cejas y carraspeó antes de hablar:

—Es un objeto familiar. No sabría decirle cuánto tiempo hace que está en manos de mi familia. —Hizo una pausa—. Le engañaría.

—Sin embargo, lo has traído hasta aquí con un objetivo. —Gael, que pareció susurrar esas últimas palabras, dejó el objeto en la mesa y sacó unas diminutas gafas sin montura de un cajón cercano.

—Lo único que puedo asegurarle es que tiene un valor incalculable.

Aquella afirmación no cogió al anticuario por sorpresa: no era la primera ni sería el último cliente que afirmaba que los objetos que llevaba hasta allí eran dignos de costar una millonada. Observó a la chica de reojo, por encima de las lentes, mientras ella seguía sin perder detalle del estuche. Tenía un atractivo exótico, furtivo.

—Bueno, comprenderás que eso no puede valorarse en un primer examen preliminar. —Lo dejó sobre la bolsa de terciopelo con delicadeza y se retiró las gafas—. Simplemente, por el estado de la madera, acertaría a decir que es muy antiguo. Además, todos esos engranajes a modo de diseño y las incrustaciones árabes son de una manufactura exquisita. Veo que la cerradura está sellada, como si la hubieran inutilizado a propósito.

—Diría que la caja está en este mismo estado desde hace muchos años. No recuerdo haberla visto nunca abierta.

—Por lo tanto, ¿no sabes qué hay en su interior? En caso de que hubiera algo, claro.

—Lo desconozco.

Además de un par de finas bisagras casi imperceptibles, una pequeña pieza de latón que hacía las veces de cerradura unía la cubierta con la parte frontal del estuche.

No obstante, el fragmento estaba roto y parecía realmente imposible abrirlo sin necesitar alguna herramienta específica como un formón o unas pinzas de relojero. Con lo cual, para mantener la integridad de la pieza se debería ser muy cuidadoso a la hora de proceder a abrirla.

El anticuario torció el labio y se rascó el mentón mientras continuaba prestando atención a las diferentes medidas de engranajes que existían sobre la cubierta del estuche. Los había de tres tamaños diferentes y se superponían unos con otros, tallados en la madera en distintas profundidades, lo que le otorgaba al conjunto una visión tridimensional muy lograda.

—Tenga el valor y la antigüedad que tenga, es una pieza excepcional —afirmó sin parangón—. ¿Quieres venderla? —La mujer asintió sin pensárselo ni mediar palabra—. Verás, no sé si es la primera vez que entras en contacto con este tipo de negocios —prosiguió Gael—, pero para llevar a cabo una buena praxis en la operación, el objeto debe ser tasado por un experto externo que convendrá cuál es el precio. —La expresión de sorpresa de la clienta dio paso a un semblante de decepción absoluta.

»En los últimos años se han descubierto una serie desmedida de estafas que el gremio de anticuarios ha querido remediar mediante estas acciones —continuó reflexivo y casi en tono de intentar convencer a la mujer—. Precisamente nos subvencionan por ese motivo. No estoy en desacuerdo, pero por otra parte me parece que se pierde la magia del negocio: el regateo, la negociación y un sinfín de cuestiones entre líneas que invertiría horas en explicarte. Además de que nuestro punto de vista como teóricos expertos queda en un segundo plano. —Queriendo evitar disparidades y el más que seguro arrepentimiento de la mujer, Gael extrajo un bloc de papel del cajón y lo colocó sobre la mesa. Tenía la sensación de que ella estaba comenzando a creer que trataba de embaucarla con algún fin desconocido.

»Con lo cual, necesito varios datos tuyos antes de proceder con la tasación. Calculo que mañana al mediodía ya tendremos una respuesta que nos contente a ambos. —Pero si había algo que la mujer no aceptaría bajo ningún concepto esa noche era ofrecer algún dato sobre su identidad. Había hecho una promesa al respecto y precisaba cumplirla. Asintió dubitativa, y fue cuando el anticuario percibió la sensación de la barrera invisible que se había creado entre ambos—. Es un tema burocrático. Todo esto necesita mantener un registro.

—No he traído la documentación, lo siento —lo interrumpió tajante.

Durante los aproximadamente dos segundos en los cuales se cruzaron sus miradas, el anticuario pudo descubrir una sensación de temor en los ojos de su interlocutora; algo extraño, una chispa fugaz que lo puso alerta dados sus años de dilatada carrera tratando con personas de toda índole. Desde burócratas hasta estafadores.

—No te preocupes. —Pensó en una evasiva—. Seguro que encontraremos la solución.

—No sabía que esto funcionaba así —volvió a interrumpirlo a la vez que daba un par de pasos hacia atrás.

Gael observó el estuche de madera y, pesándole en gran medida, volvió a introducirlo en la bolsa de terciopelo para entregárselo de nuevo a su propietaria.

—Supongo que hay veces que las cosas no salen tal y como queremos. Pero no te preocupes —insistió—. Puedes venir en otro momento.

La joven, que continuaba retrocediendo poco a poco, apenas hacía caso a las palabras del anticuario. Sorprendido, Gael le tendió la bolsa en un acto por recuperar la compostura.

—No, ¿sabe qué? He pensado que puede quedárselo. Así no hará falta que tenga que documentar la entrada en su colección. Se lo cedo de manera perpetua.

—¿Cómo dices? Perdona —repuso conforme rodeaba del nuevo el escritorio—, pero esto no funciona así. Las cosas tienen un precio, y si tuviera que andar quedándome con todo lo que me ofrecen mis clientes, esto se habría convertido en un rastrillo de mala muerte, te lo aseguro.

A pesar del papel que debía mantener para salvaguardar su moral, había algo en la concepción de aquel estuche que llamaba la atención del anticuario. Con lo cual, en una actitud vagamente cuestionable, intentó devolverle el objeto a su propietaria, aunque sin éxito ni convencimiento alguno.

Saltaron todas las alarmas cuando la chica topó de espaldas con la columna de los astrolabios que había cerca del escueto recibidor de la tienda, pero por suerte no se vinieron abajo de milagro. Después de unos infatigables segundos de incertidumbre, la joven alcanzó la puerta, la abrió y, sin siquiera mirar atrás, salió por donde había entrado hacía apenas diez minutos.

Gael se quedó plantado frente a la salida, justo sobre la alfombra en la cual la mujer había secado el agua de sus botas momentos antes. Tardó unos segundos en reaccionar ante aquel desplante inesperado que no había comprendido en absoluto. No creía recordar que le hubiera sucedido algo similar en el pasado.

Abrió la puerta. Al mirar a su derecha, pudo ver cómo se inmiscuía entre la lluvia en dirección a una plaza del Pi, desierta y tan solo iluminada por los fanales naranjas a esas horas de la noche.

Sentimiento aciago. Por una parte, le resultaba muy atractiva la idea de haberse apropiado de la pieza sin desembolsar capital alguno, ya que estaba seguro de que podía contar con cierto valor adquisitivo. Pero, por otra, las formas no habían sido las idóneas ni las correctas.

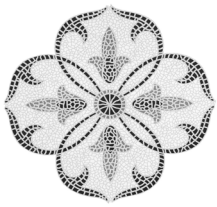
Si ya de por sí el estuche era inusualmente auténtico, su portadora no se quedaba atrás. De mirada misteriosa, extremadamente bella y de modales correctos, aquella mujer había salido por la puerta casi al escape y sin mediar más palabras que las necesarias. Nada más verla, tuvo una sensación extraña, como si su mirada quisiera decirle algo en silencio. Lo hacía sospechar, tanto de ella como del objeto que había dejado abandonado en la galería a su suerte.

Caminó de nuevo hasta él, lo sacó del envoltorio de terciopelo y lo observó de manera minuciosa. Tenía valor, pero no llegaba a imaginar cuánto. De acuerdo con su experiencia profesional, podría pasar por ser una baratija de buen gusto o por una exquisita obra de arte en miniatura. Le fascinaba. Rehusó la idea de intentar abrirla antes de que algún tasador la comprobara con más detalle.

Pero había algo en todo aquello que no le encajaba. La actitud de la clienta lo había mantenido en vilo justo desde el momento en el que salió por la puerta. Llegó a sentir un atisbo de culpa que le hizo plantearse la situación. Reflexionó sobre lo que debía hacer, se serenó y tuvo una brillante idea.

Sin embargo, lo que no intuía el bueno de Gael Navarro era que los hechos que habían comenzado a desarrollarse en el interior de su galería esa misma noche iban a cambiarle la vida de una manera tristemente irremediable.

Todo acababa de comenzar.



CAPÍTULO 2

La galería

Al día siguiente, la inspectora Laia Fornés se resguardaba de la lluvia bajo la cornisa de uno de los locales del edificio frente al que se encontraba la galería de antigüedades. La calle estaba vacía a esas horas y apenas un ligero despunte de trabajadores autorizados de los comercios adyacentes se movía entre la cortina de agua con cierta destreza. La mañana había amanecido gris y cubierta, con los coletazos de un invierno que ya emitía sus últimos estertores.

Un par de compañeros suyos manipulaban la persiana del pequeño local, mientras que otros tantos revisaban detalles a través de la calle que desembocaba en la plaza del Pi. La caballería científica ya se encontraba en la basílica realizando el trabajo pertinente. Ella, sin embargo, quería darle el pistoletazo de salida a la investigación para que pudiera terminar cuanto antes mejor. Lo último que necesitaba en aquellos momentos era un caso que se le revolviera.

—Inspectora —un agente que se cubría de la lluvia con un chubasquero corporativo de los Mossos d'Escuadra, el cuerpo policial autonómico catalán, se le acercó—, el dueño está en camino. Al parecer, lo hemos sacado de la cama. Dice que en quince minutos estará por aquí.

Ella asintió de manera irónica, carraspeó y dio la orden de esperar. Inmediatamente después de apartarse de la seguridad que le aportaba la cornisa, el subinspector Ángel Núñez le tendió un paraguas y comenzó a facilitarle alguna información vital sobre el propietario de esa galería de antigüedades del número 10 de la calle Petritxol.

—Gael Navarro. Separado y sin antecedentes llamativos. Tan solo un pleito por estafa hace cinco años al que se llegó a un acuerdo antes de ir a juicio. El negocio lo fundó su abuelo, lo heredó su padre y ahora le pertenece a él.

La inspectora arqueó las cejas y resopló mientras varios miembros de la brigada científica peinaban las inmediaciones del local en busca de pruebas concluyentes.

—¿Tenemos claro lo de las grabaciones? —le preguntó a su compañero.

—Aquí está el informe. —Le mostró una entrada digital en su dispositivo electrónico.

—Bien, pues echemos un vistazo y esperemos a que llegue el propietario.

Extrajo una gragea de menta de un envoltorio de su bolsillo, se la metió en la boca y observó a ambos lados de la calle mientras reflexionaba en silencio sobre qué podría haber ocurrido en aquel mismo lugar varias horas antes.

Exceptuando al personal autorizado que regentaba los comercios adyacentes, el paso peatonal por la calle Petritxol estaba cortado a cal y canto. No se podía entrar ni salir a través de La Rambla ni por la plaza del Pi, que también permanecía clausurada para los civiles.

La inspectora desvió la mirada hacia los balcones de ambos edificios, apenas separados por los tres metros y medio que hacía la calle de ancho, siendo consciente de las altas probabilidades de que algún vecino hubiera visto a la mujer huyendo hacia la basílica. «Esta ciudad del demonio nunca duerme». Localizó hábilmente la ubicación de las cámaras de seguridad ciudadana que había repartidas por los exactamente ciento veinte nueve metros de largo de extensión del pasaje, teniendo la inmensa suerte de que, justo frente a la entrada de la galería, había un punto de grabación que ya había sido consultado por los analistas a primera hora de la mañana. Dio un par de pasos al frente y miró a ambos lados; se agachó sobre el pavimento mojado y desvió la mirada en dirección sur, donde la calle se introducía de bruces en la plaza de la basílica. «¿Por qué huyó hacia el templo?», se preguntó. Entretanto, el resto de los operativos trazaban la línea de investigación sobre otras cuestiones.

Fornés se repuso y se dirigió hacia un hombre corpulento, de pelo blanco y papada prominente. Aquel tipo había sido compañero de camaraderías de su padre y ahora le suponía cierto rubor darle órdenes. Sin embargo, pese a que la conocía desde niña, el agente mantenía un respeto y una rectitud impoluta hacia su superior.

—Miquel, necesito que investiguéis a la gente que vive por aquí: llamad a los timbres y aporread las puertas. Quiero saber si alguien vio a la víctima entrar o salir de la galería, si dijo cualquier palabra en voz alta o si escucharon algo sospechoso. Cógete al compañero que quieras e invertid el tiempo que necesitéis. A mediodía me gustaría tener un listado de observadores potenciales.

—A la orden, inspectora —afirmó el veterano agente mientras se activaba junto con otro compañero.

—Inspectora —la interrumpió otro efectivo del cuerpo de la Guardia Urbana con cierta timidez—, un tal Gael Navarro está retenido en el acceso sur. Dice ser el dueño de la galería.

—Perfecto. —Sonó a súplica—. Acompáñalo hasta aquí, si eres tan amable.

Al escuchar la noticia de la llegada del propietario, el subinspector Núñez se colocó frente a la inspectora para contemplar la puesta en escena de aquel tipo, quien, lejos de parecer nervioso, caminaba con total parsimonia. Tenía un estilo desenfadado: pantalones ceñidos grises y cazadora de piel, cabello oscuro peinado hacia atrás con incipientes motas plateadas en las sienes y un afeitado pulido que reflejaba un rostro agraciado.

El anticuario arqueó las cejas cuando vio a varios agentes uniformados frente a su local.

—Espero que no hayáis abierto la persiana todavía.

La inspectora Fornés le dedicó una mirada escrutadora de arriba abajo, prestándole atención a cada uno de los detalles del anticuario: ropa cara, zapatillas deportivas gastadas, manos y rostro bien cuidados y buena presencia física. Honestamente, pese a no ser la reencarnación viva de Apolo, aquel tipo tampoco parecía el típico conservador venido a menos a los que estaba acostumbrada. Olía a perfume dulzón y llevaba un pañuelo gris de una marca solvente sobre el cuello de la cazadora, probablemente comprado en alguna *boutique* de la zona alta de Barcelona. Tenía cierto estilo sin aparentar ser presuntuoso.

La mujer consultó su teléfono móvil sin disimular y después desvió la mirada hacia el recién llegado.

—¿Gael Navarro? —El anticuario asintió sin mediar palabra mientras miraba de reojo a los agentes que lo rodeaban—. Soy la inspectora Laia Fornés, y mi compañero es el subinspector Ángel Núñez, del Departamento de Homicidios de los Mossos d'Esquadra. ¿En castellano le va bien? —El anticuario volvió a asentir sin prestar demasiada importancia a la pregunta—. Estamos aquí con el objetivo de esclarecer un hecho que ocurrió en la zona esta pasa-

da noche. Si es tan amable, necesitaríamos hacerle unas preguntas en el interior de su establecimiento.

—Sí, adelante. Sin problema.

Tras observar sus respectivas placas, el anticuario se agachó y abrió la persiana sin esfuerzo. El espacio que ambos inspectores se encontraron al entrar era curioso: centenares de objetos antiguos se amontonaban con cierto rigor sobre estanterías de pared, columnas, vitrinas de cristal y por las decenas de recovecos que había repartidos por el local; uno de aquellos tantos antiguos de techo alto, suelo de adoquín colorido, desnivelado y paredes de pintura desconchada. La galería no albergaba la típica exposición vanguardista al uso, sino que se trataba de un melancólico libro abierto de relatos antiguos y de historias por conocer.

Era tal la belleza que emanaban sus objetos que ambos policías tardaron en alcanzar al anticuario, quien ya permanecía de pie detrás de una mesa de madera que hacía las veces de puesto administrativo. El anfitrión los invitó a tomar asiento en dos sillones orejeros que tuvo la amabilidad de colocar frente al escritorio. Se quitó la cazadora, encendió el equipo informático y se relajó en la butaca a la espera de que sus dos interlocutores se acomodaran.

Laia percibió en él una actitud neutral, cercana. Por eso prefirió tutearle después de la protocolaria presentación en el exterior de la galería:

—Si os apetece, puedo hacer café.

Ambos agentes negaron con la cabeza mientras Núñez dejaba su tableta sobre la mesa y se colocaba en el mullido asiento.

—Regentas un negocio muy bonito.

—Gracias —le contestó Gael, siendo consciente de que horas atrás también había escuchado ese mismo cumplido—. Aunque ya no es lo que era —se lamentó, perdiendo la vista en dirección a la puerta.

—¿Y eso?

—Razones obvias. —El anticuario torció el gesto y abrió las palmas de las manos intentando abarcar el lugar—. A la gente

ya no le interesa invertir ni su dinero ni su tiempo en el pasado. Todo a nuestro alrededor gira a una velocidad vertiginosa, y la consecuencia es que no tenemos tiempo para detenernos a pensar en quiénes fuimos.

—Ni de aprender de nuestros errores.

—Así es.

El subinspector Núñez lucía tez pálida de facciones angulosas y cabello oscuro engominado, e iba ataviado con un traje azul marino a juego con una camisa blanca. Le encantaba vestir de manera elegante y tenía gustos caprichosos. Pese a levantar ciertas suspicacias en el cuerpo debido a su carácter compasivo en muchas ocasiones, no dejaba de ser un buen compañero y un excelente investigador de campo. Sin embargo, el liderazgo de aquel binomio lo ejercía la inspectora Laia Fornés, que en aquellos momentos observaba minuciosamente cada detalle de la persona que tenía sentada frente a ella. En un primer momento, ya había comenzado a detestar aquel victimismo del propietario que, según su punto de vista, estaba haciendo sucumbir a su propio negocio.

—Me gustaría saber a qué habéis venido.

Ambos se miraron de manera furtiva y fue la mujer la que tomó la palabra:

—En primer lugar, queremos hacerte saber que el objetivo de esta charla es meramente informativo. En el caso de que lleguemos a la conclusión de que puedes convertirte en un sospechoso potencial de alguna cuestión en concreto o lo creamos conveniente por algún motivo que consideremos razonable, te citaremos en comisaría y podrás ejercer todos tus derechos como es debido. —El anticuario asintió, sorprendido por el crudo tono que utilizó la mujer. Comenzaba a entender que si podía empatizar con alguien en aquella conversación, no sería con ella—. Díganos, ¿confirmas que ayer a las veinte horas estabas aquí en la galería?

Algo extrañado por la pregunta, Gael lo corroboró sin demasiados reparos:

—Ayer cerré más tarde.

—¿El motivo?

—Vino un cliente casi a la hora del cierre, pasadas las ocho. Y entre una cosa y otra salí más tarde de lo habitual.

Ambos agentes se miraron sin disimular.

—De eso precisamente queríamos hablarte. —La inspectora hizo una pausa para aclarar sus ideas—. Al revisar las grabaciones del exterior, hemos certificado que una mujer entró en la galería pasadas las ocho y cinco de la noche y apenas la abandonó diez minutos después.

El anticuario confirmó la información con un leve movimiento de cabeza.

—Así es. De hecho, me disponía a cerrar la persiana cuando entró.

—¿Puedes hacernos una breve descripción de la clienta?

Si a Gael le resultó extraña la pregunta, no lo demostró. De manera efectiva, describió físicamente a la mujer mientras el subinspector Núñez tomaba los apuntes pertinentes. Sería difícil que pudiera olvidar aquella mirada.

—¿Qué la trajo hasta aquí?

Ante la pregunta, se recostó en su butaca y dirigió la mirada hacia la puerta. Pese a que no estaba acostumbrado a batirse en duelo dialéctico con la policía, entendía a la perfección que la primera toma de contacto fuera más bien conciliadora.

—Entró para ofrecerme un objeto. No es algo inusual —apuntó con parsimonia—. Me sorprendió que no trajera paraguas con la que estaba cayendo fuera, pero tampoco le di demasiada importancia.

—¿Qué hay del objeto en cuestión? —A diferencia de la actitud de su compañero, el tono de la inspectora Fornés mostraba unas directrices claras y severas.

El paso del tiempo le había demostrado que no valía de nada ser benevolente en ciertas circunstancias.

—Se trataba de una pieza de madera. Bonita y antigua, pero carente de valor. Con lo cual, la rechacé y volvió a llevársela —mintió. Por mucho que no hubiera planeado aquel discurso en absoluto, sonó veraz.

—¿Y cuál fue la reacción de la clienta?

—Lo encajó bien: lo valoramos y no llegamos a un acuerdo. Suele ocurrir.

—¿Se llevó de nuevo el objeto? —inquirió en tono contundente la mujer.

En la respuesta afirmativa del anticuario no existió ni un ápice de duda.

—También hemos podido comprobar por las grabaciones que después de salir de aquí corrió en dirección a la plaza del Pi. Eso nos llama la atención. ¿La notaste nerviosa en algún momento? —El subinspector dibujaba formas aleatorias con las manos mientras hablaba—. ¿Quizá preocupada por algo o con ciertas prisas?

—En absoluto. Todo lo contrario. No tuve esa sensación. Habló de manera pausada y se mostró comprensiva ante mi negativa de aceptar la pieza. Cuando se marchó, me acerqué por curiosidad y, en efecto, vi que salió corriendo calle abajo. Imagino que para intentar resguardarse de la lluvia.

Los agentes asintieron a medida que el anticuario corroboraba lo que habían visto a través de las grabaciones antes de salir de la comisaría.

—¿Qué hay de las cámaras de seguridad del local? —Laia señaló dos dispositivos esquineros de color blanco que apuntaban hacia el centro de la galería.

—¿Las cámaras? Hace tiempo que no funcionan. Son de pega, una estrategia inhibidora como en tantos otros lugares, como

sabréis. No puedo permitirme ahora mismo el lujo de contratar ningún servicio de seguridad, dadas las circunstancias.

A simple vista, no podía comprobar si funcionaban o no.

—Hay aplicaciones móviles que permiten el visionado de cámaras a distancia; se ven mucho últimamente.

Gael arqueó las cejas en actitud jocosa y miró una de las cámaras que había sobre su cabeza.

—Me temo que debería ponerme al día en muchas cuestiones, inspectora.

—Entonces —continuó Núñez después de coger su tableta electrónica y manipularla—, ¿confirmas que esa mujer entró pasadas las veinte horas del día de ayer, te ofreció un objeto el cual rechazaste por no llegar a un acuerdo de compraventa con ella y se marchó por la puerta tal y como había entrado?

—Sí, así es —afirmó sin un ápice de rubor—. No hay mucho más. Sin embargo, no sé si estaría en mi derecho de conocer el motivo de la investigación. La verdad es que me llama la atención la presencia de tantos efectivos; también que esté la calle cortada y, por supuesto, que me hayáis hecho todas esas preguntas sobre esa mujer. No la conozco de nada. Como ya os he dicho, es la primera vez que la veo en mi vida. Me gustaría saber si se trata de una estafadora y si he estado en peligro en algún momento, ya que no me ofreció ningún dato personal.

La inspectora resopló de manera disimulada. Detestaba aquel tipo de actitudes en las que un testigo o sospechoso quería sonsacarles información a los cuerpos de seguridad con el único pretexto de alimentar su curiosidad.

Núñez la miró y ella asintió.

—Está bien. Estás en su derecho de saber por qué estamos aquí —le ofreció el subinspector—. Sin embargo, como comprenderás, no podemos facilitarle toda la información que tenemos al respecto. —Gael asintió y escrutó minuciosamente las pupilas verdosas

de aquella inspectora, quien, si bien no se equivocaba, lo miraba de manera recelosa—. Tenemos constancia de que, una vez abandonada esta galería, la mujer se dirigió a la basílica de Santa María del Pi, donde creemos que perdió la vida poco tiempo después.

—¿Cómo? ¿Que perdió la vida?

Ambos inspectores agudizaron sus sentidos ante la reacción del anticuario. Laia asintió mientras dejaba su teléfono móvil sobre la mesa y el subinspector dijo:

—Nos encontramos en el momento inicial de la investigación. Ha sido esta misma mañana cuando el sacristán ha hallado su cuerpo sin vida en la entrada de una de las capillas.

—Estamos revisando grabaciones, entradas y salidas del templo, etcétera —intervino la inspectora. Gael frunció el ceño y perdió la mirada en algún punto indeterminado. Le costaba asimilar dicha información—. Dime, Gael, según las grabaciones de las cámaras de seguridad, saliste de este local poco antes de las nueve y bajaste en sentido contrario al que se fue la mujer; es decir, en dirección hacia La Rambla.

—Sí, como de costumbre. Tuerzo a la izquierda, y después entro en La Rambla vía calle Portaferrissa. Luego tomo el metro hasta mi domicilio, en la calle Mallorca.

—¿Notaste o viste algo extraño? ¿Algún grito, alguna pelea? —le preguntó Núñez con ahínco.

—En absoluto. Llovía y había poca gente en la calle. Además, suelo escuchar la radio durante el trayecto, costumbre que tengo desde hace años. Con lo cual, dudo que me hubiese percatado de algo.

—Está bien. —Núñez dejó la tableta sobre la mesa y se puso de pie.

—¿Cómo murió? —preguntó de sopetón el anticuario.

—No lo sabemos. Estamos en una situación embrionaria y no podemos aventurarnos a exponer demasiadas teorías. Pero nos alegramos de que hayas querido colaborar.

Laia imitó a su compañero y también se levantó. Desde que le habían dado la noticia de la muerte, el anticuario parecía preocupado por algo que no llegaban a alcanzar sus pensamientos.

—No vi nada extraño —reiteró con calma—. Como he dicho antes, no la noté nerviosa, pero no imaginé que su vida podría correr peligro.

—Estamos barajando varias hipótesis, entre ellas el robo o el suicidio.

—Desde que comenzó la pandemia, el índice de suicidios en esta ciudad ha crecido exponencialmente. Y el problema es que la cifra no remite —apuntó Núñez de manera acertada y en un tono más afable de lo normal.

Con un semblante de hastío pronunciado, Gael acompañó a los agentes a la puerta mientras sus pensamientos regresaban a los momentos que había vivido la noche anterior.

—Verás, es muy probable que volvamos a hablar, dado que la investigación va a centrarse en mayor medida en reconstruir los últimos momentos de vida de esa mujer —confesó Laia—. Mantendremos la calle cerrada durante toda esta mañana, por lo que no creo que hoy tengas mucha clientela.

—Bien, lo asumo. —Con el ceño fruncido, asintió—. No tengáis inconveniente en regresar cuando lo necesitéis. Yo estaré aquí y cumpliré con mi horario habitual.

—Gracias por tu tiempo, Gael —le espetó Núñez, estrechándole la mano.

Por su parte, la inspectora le dedicó una mirada de aprobación y salió de la galería para regresar al estrecho pavimento mojado de la calle. Una decena de agentes continuaban revoloteando por la zona en busca de evidencias sobre el paso de la víctima por aquel pasaje. Sin embargo, la lluvia entorpecía la difícil empresa.

Núñez y Fornés se introdujeron en una coqueta cafetería toda revestida de madera y azulejos blancos. Se trataba de uno de los

locales más antiguos de la ciudad, y esa mañana tan solo estaba abierto para los miembros del cuerpo de policía.

—Dos cafés, por favor —le reclamó la mujer a un camarero mientras caminaban hacia una mesa al fondo del desalentado espacio.

Ambos se sentaron el uno frente al otro, lejos de las miradas de los miembros de su propia brigada.

—¿Cómo lo has visto?

—Mal —afirmó Laia.

—No le veo partido. Deberíamos centrarnos en la basílica; creo que es ahí donde encontraremos la clave.

—Nos miente en algo. Estoy completamente segura.

—¿En qué va a mentirnos? No tendría demasiado sentido.

El camarero se acercó con dos tazas humeantes y las dejó sobre la mesa con pericia. Ambos jugaron a remover el líquido oscuro y caliente del interior, pero la mente de Fornés razonaba a marchas forzadas.

—Hay un detalle de la grabación que hemos visionado esta mañana que se te ha pasado por alto. Y es de una importancia vital —comenzó la inspectora—. Si no he querido decírtelo antes, es porque quería asegurarme al entrar en la galería y hablar con él.

—Puede que se me haya pasado algún detalle. Sin embargo, prefiero que me lo expliques antes de tener que ver de nuevo la grabación. Además, que yo recuerde, tampoco hay mucho que extraer. ¿Quieres que la veamos de nuevo?

—No es necesario.

—Entonces ilumíname —le dijo Núñez, llevándose la taza a los labios.

—No podemos observar ni seguir el recorrido de la mujer hasta llegar a esta calle en cuestión porque no tenemos cámaras suficientes. No obstante —expuso con tranquilidad—, en la grabación se puede observar cómo cruza todo el pasaje y, dubitativa, se detiene frente a la galería.

—Sí. Eso mismo te he dicho yo: que se detiene y que mira a ambos lados. Pasadas las ocho. Se centra en el escaparate y, después de unos segundos, llama a la puerta.

—Eso es. Pese a la lluvia, no lleva paraguas, pero sí una bolsa en su mano izquierda. Concretamente, el objeto.

—También me he fijado. De hecho, es uno de los motivos por los que habíamos previsto imperiosamente visitar la galería y hablar con su propietario.

—Por el supuesto objeto que la mujer llevaba. Todo coincide: un objeto y una galería de compraventa de antigüedades. Hasta ahí todo bien. Pero no llegan a un acuerdo. Según el anticuario, la mujer le ofrecía una baratija de madera que a él no lo satisfizo y prefirió no adquirirla para no jugársela perdiendo dinero.

—Muy loable. Hay que entender la galería como un negocio: si el propietario cree que no va a sacarle partido a la pieza, ¿por qué iba a invertir en ella?

—No creo que esto funcione así. Ese tipo de transacciones no se cierran de buenas a primeras. Ahí entran en juego una serie de peritos profesionales que le dan el valor adecuado al producto y, entonces, el propietario ya decide lo que hacer con él. Si comprar o no. Nadie vende duros a cuatro pesetas, ni el vendedor ni el comprador.

—Quizá no le entrara por el ojo en un primer momento. Al ser conocedor del negocio, puede que sospechara que fuera una falsificación. Ten en cuenta que no conocemos tampoco a la víctima.

—Hasta ahí estoy de acuerdo contigo. Pero cuando ella sale de la galería no lleva la bolsa consigo. Tiene las manos vacías.

Sorprendido, Núñez arqueó las cejas y volvió a acceder al sistema de su dispositivo electrónico. Entró con sus credenciales en la base de datos restringida del cuerpo y buscó la grabación que ya habían visualizado apenas dos horas antes. En un barrido de imagen, vio aparecer en blanco y negro a la víctima a través de la calle, con el

objeto en la mano. La vio de nuevo entrar en la galería de Gael Navarro, para salir varios minutos después con las manos vacías.

—Me centré en su carrera hacia la basílica y no en lo que se había dejado dentro.

—Sin embargo —continuó la mujer con cierto halo de victoria en su planteamiento—, el anticuario dijo que la víctima se había llevado el objeto y que no le había dejado nada.

—¿Y si lo oculta bajo la camisa para protegerlo de la lluvia? —Le dedicó una mirada inquisitiva.

—No, ella ya estaba empapada antes. No tiene sentido. Sea lo que sea lo que había en el interior de esa bolsa, debe permanecer en la galería.

—Diablos, venimos de allí. ¿Por qué diantres no le has dicho nada al anticuario?

—Porque sabía que iba a mentirnos. Solo quería corroborarlo y asegurar el tiro.

Núñez negó con la cabeza mientras dejaba de nuevo la taza sobre la mesa.

—Creo que deberíamos volver a la galería y explicárselo por las buenas antes de mandarlo a comisaría.

—Tranquilo. Ya terminará confesándolo él. Tiempo al tiempo.

CAPÍTULO 3

La basílica

Incrustada en uno de los laterales de la plaza homónima, la basílica de Santa María del Pi resistía el paso del tiempo con majestuosidad. Las primeras cronologías de su construcción datan de finales del siglo x, y es evidente que durante su milenio de existencia había pasado por inclemencias que habían tambaleado sus cimientos, tanto físicos como existenciales: multitud de guerras, cambios sociales y traiciones políticas entre otras vicisitudes. Pero si había algo a lo que dicho templo estaba costándole sobreponerse era a la incuestionable crisis de fe a la que se enfrentaba el cristianismo del siglo xxi.

Se habían olvidado los años en los que la basílica era punto de encuentro entre cristianos, hermanos de fe envueltos en un mismo dogma y religión. En las últimas dos décadas, el templo se había convertido en un reclamo turístico que tenía la potestad de cobrarles entrada a sus visitantes para ofrecer un abanico de espectáculos culturales que complacían el afán del Gobierno de

la ciudad y de la propia diócesis. Obvio era también que contaban con servicios religiosos, pero cada vez en menor medida. Y es que, a simple vista, su construcción impresionaba.

El edificio de estilo gótico de más de cincuenta metros de altura estaba presidido en su fachada por dos torres octogonales, una a cada uno de los laterales. Sin embargo, el detalle más significativo de la construcción residía en su rosetón. La circunferencia acristalada instalada en la fachada contaba con diez metros de diámetro, y en la actualidad era el segundo de más envergadura de todos los templos de Europa, solo por detrás del instalado en la catedral de Palma de Mallorca.

Ya en su interior, la luz que penetraba a través de sus coloridas vidrieras dibujaba formas caprichosas sobre la única nave de la construcción, cuyo techo abovedado cubría hasta el ábside en una no desdeñable longitud igual que la altura de la obra, elemento característico del periodo en el que fue construida.

Los inspectores Fornés y Núñez regresaron a la basílica después de conversar con el propietario de la galería de antigüedades y poner en común los contrapuntos de un caso que recién comenzaba a abrirse como la lluviosa mañana que se quedaba atrás. En el interior del templo aún había varias dotaciones del equipo científico que realizaba comprobaciones alrededor del cadáver, el cual todavía yacía en el lugar en el que el sacristán lo había encontrado esa misma mañana a la espera de la orden del juez para retirarlo.

—Nuestra Señora de Montserrat. —La inspectora leyó las palabras que había incrustadas en una placa dorada. La escueta capilla se separaba de la nave central mediante un vallado perimetral, y en su interior estaba la tumba de un sacerdote, una imagen de la Moreneta, patrona de Cataluña, y un pequeño altar de mármol—. ¿Crees que el nombre de la capilla tiene relevancia?

—¿Que hayamos encontrado el cadáver en esta capilla en cuestión? —Núñez arqueó las cejas.

Ambos volvieron a dedicar unos minutos a observar minuciosamente la escena del crimen. El cuerpo sin vida de la mujer yacía en el suelo, en la entrada de aquel pequeño espacio a la izquierda de la nave central del templo, más o menos a media altura de este. Joven, morena y de rostro agraciado, permanecía tumbada de lado, con una buena mácula de sangre seca alrededor de la cabeza. Vestía unos pantalones marrones anchos y una camisa azul marino. Calzaba unas botas de caña negras. A falta del análisis final y de la autopsia, los investigadores creían que la causa de la muerte, con total seguridad, había sido una hemorragia cerebral provocada por un fuerte golpe en la cabeza mediante un objeto contundente. Sin embargo, ahora faltaba atar cabos. Muchos cabos.

Interrumpió sus pensamientos el jefe de la brigada del cuerpo científico de la Policía autonómica, un hombre robusto y de barba espesa ataviado con un buzo blanco y guantes de látex a juego:

—Inspectores —los saludó mientras se agachaba de nuevo frente al cuerpo—, lejos de la víctima no hemos encontrado rastro de sangre, partículas ni nada que llame demasiado la atención. Vosotros reconstruiréis la escena, claro está. —Volvió a ponerse de pie con parsimonia—. Nosotros ya hemos hecho nuestro trabajo. El juez llegará en breve.

—¿Causa de la muerte? —le preguntó Núñez.

—La que hemos comentado esta mañana: un golpe fatal en la intersección de los huesos esfenoides y temporal del lado derecho de su cráneo.

—En la sien.

—Provocó una hemorragia craneal. No sangró mucho, y puedo afirmar que no sufrió demasiado. Con toda seguridad, perdería el conocimiento antes de morir. Pero, en fin, eso ya lo dictaminará el forense con más detalle.

—¿Habéis encontrado algún objeto personal? —El subinspector miró alrededor del cuerpo.

—Nada. Ni bolso ni documentación ni teléfono móvil. —Suspiró mientras perdía la vista en la amplia bóveda del techo—. No hemos podido identificarla.

—¿Ni el objeto que causó la muerte?

—Ni rastro —le aseguró el hombre, que ya parecía inmiscuido en otras cuestiones.

Laia negó con la cabeza a la vez que observaba de nuevo el cuerpo. Era bastante común que la ciudad de Barcelona amaneciera a diario con el hallazgo de diversos cadáveres sin identificar: gente sin techo, inmigrantes sin papeles, personas de dudosa procedencia que acababan sus días de la peor manera, como esa mujer que yacía frente a ellos esa desapacible mañana de marzo. Suspiró, tomó un par de notas en su teléfono móvil y se retiró mientras sus dos compañeros intercambiaban impresiones.

Observó el rosetón desde el interior del templo y se dejó llevar por las coloridas formas que se reflejaban en el pavimento de la nave central. Hacía apenas dos horas que habían llegado a la basílica y habían tenido una primera toma de contacto con la escena del crimen. El cuerpo de la mujer había sido encontrado por el sacristán, quien, como era común, también era la persona encargada de realizar el mantenimiento del edificio: iluminación y limpieza. Mantener al día un templo como aquel no era una tarea nada desdeñable, pero el afable hombre que ejercía esas funciones vivía por y para su iglesia. Habían tenido la oportunidad de saludarlo esa misma mañana, pero dado el estado de ansiedad en el que se encontraba habían preferido posponer su encuentro hasta ese momento.

Al cabo de unos minutos, el responsable de los servicios médicos que lo había atendido los informó de que este ya se encontraba en condiciones óptimas para recibirlos en la sacristía. Dicho espacio estaba ubicado detrás del altar mayor, cerca del presbiterio, y se accedía a él mediante una puerta que había bajo un enorme crucifijo de madera con la omnipresente imagen de Jesús. La habitación olía

a incienso, y la única iluminación que entraba lo hacía a través de un ventanuco perforado en la piedra. Un par de armarios y un discreto escritorio de madera formaban el escueto mobiliario de la estancia.

Marcelino Cuevas los esperaba sentado, con la cabeza gacha y una expresión de melancolía absoluta. Según información consultada de la base de datos de la Policía, tenía sesenta y dos años y había sido soltero toda su vida debido a unos castos votos respetados hasta la saciedad. Delgado hasta el punto casi de la demacración, lucía una calva brillante y unos enormes ojos azules de profunda mirada. Parecía que su impoluta indumentaria —camisa y pantalones recién planchados— había sido preparada para la ocasión. Saludó a los inspectores y los invitó a sentarse frente a él:

—Bienvenidos a la casa del Señor —rezó en tono solemne—. Incluso en días tan infaustos como hoy, debemos ser misericordiosos.

—Lamento decirle que nosotros no entendemos de misericordia, señor Cuevas.

Lejos de sentirse ofendido, el hombre esbozó una lacónica sonrisa mientras el subinspector sacaba una libreta y la dejaba sobre la mesa. Tomaría algunas notas, pero lo que más le interesaba era que la grabadora del teléfono móvil oculto en su americana estuviera en marcha.

Laia observaba el porte sereno del hombre y tomó la determinación de comenzar con la ronda de preguntas:

—Señor Cuevas, ya hemos tenido una pequeña toma de contacto esta misma mañana y le hemos explicado el motivo obvio de nuestra visita.

El sacristán asintió y suspiró de manera sonora.

—Lamento no haberme encontrado dispuesto horas atrás.

—No hay problema, se lo aseguro. Queremos preguntarle por un par de cuestiones respecto a su hallazgo, nada más. Si usted, por lo que fuera, se siente incómodo o necesita un abogado, solo tiene que decirlo.

—Por el amor de Dios, en absoluto —la interrumpió. El sacristán sentía una frustración enorme al no haber podido dedicarse en cuerpo y alma al estudio de las escrituras y al camino inescrutable de la religión, por circunstancias inasumibles de la vida, es por eso por lo que en muchas ocasiones actuaba con la vocación que no se le permitía y que ejercía de manera piadosa y ante personas que él interpretaba ajenos al conocimiento pastoral—. Responderé a sus preguntas de inmediato.

—Es solo un mero ejercicio de oficialidad. Nos vemos en la obligación de informarle.

—Como en esas películas americanas.

Laia asintió mientras intentaba borrar de su mente la imagen de la joven golpeada que yacía en el interior de la capilla apenas a varios metros de donde estaban sentados.

—Ayer por la noche, de ocho y media a nueve, más o menos, ¿dónde estaba usted? —comenzó la inspectora.

—Arriba, en mis dependencias en la torre del arcángel. Tras subir la escalera, hay dos departamentos: uno para el sacristán y otro para visitantes. Por regla general, lo utilizan miembros de la diócesis en caso de tener que pernoctar en la ciudad. Ayer no había nadie. Suelo subir antes de cerrar los accesos a la basílica, a las ocho de la tarde. Preparo mis cosas, me aseo y vuelvo a bajar para activar la iluminación y arreglar un poco las velas y las flores para el día siguiente. Después, cuando ya dejo el acceso principal cerrado, me retiro de nuevo a la torre. Rezo, ayuno y duermo hasta las seis de la mañana.

—¿No oyó nada mientras subía o bajaba? ¿O mientras estaba limpiando?

—No, ya se lo he dicho esta mañana, inspectora. Las dependencias de la torre están bastante aisladas del resto del templo y es muy difícil oír algo. Y una vez abajo, lo siento, no escuché nada.

—¿Ni un grito? ¿Nada? —Núñez empleó un tono conciliador a la hora de hacer la pregunta.

—Nada, subinspector. Verá —se recostó en su asiento y colocó las palmas de las manos en la mesa—, lamentablemente, tengo que abarcar con todo lo relacionado con este templo. He hablado en demasiadas ocasiones con miembros de la diócesis sobre la necesidad de contar con alguien más de apoyo. Pero no he obtenido respuesta. Como comprenderá, es difícil que una persona sola pueda estar para todo.

—¿Qué hay del personal administrativo que se encarga de la venta de entradas del templo?

Cuevas hizo un gesto de desaprobación y frunció el ceño. En su tono había un halo de sabiduría que los agentes captaron de inmediato:

—Es personal subcontratado que lo único que le interesa es vender cuantas más entradas mejor. Incluso uno de ellos me dijo que tienen un incentivo. Carecen de relación alguna con la iglesia y solo les preocupa el negocio de su explotación. Entran a trabajar a las diez de la mañana y se marchan a las seis de la tarde religiosamente.

—¿No se encargan ellos de los accesos al templo?

—En absoluto. Solo se preocupan de gestionar las colas de turistas y de subir o bajar los precios de los suvenires según dictamina la empresa matriz.

—Noto por su tono que no está muy de acuerdo con la política de accesos —apuntó Núñez.

—Muchas noches he pasado miedo —se sinceró con dureza—. Los accesos necesitan una buena puesta a punto. Las cerraduras son viejas, y como han visto por lo ocurrido esta misma noche, existe un riesgo alto de intrusión. Hay vidrieras que no se sustituyen ni se reparan desde hace siglos, y no bromeo con las fechas. En noches de tormenta, el aullar del viento es insoportable.

Laia asintió mientras recopilaba la información preliminar que guardaba en una carpeta de su teléfono móvil. Entretanto, Núñez asimilaba el estado de malestar del sacristán, que parecía

haber encontrado el momento perfecto para desahogarse con sus dos visitantes.

Al parecer, según los primeros informes, la mujer entró en el templo sobre las ocho y media. Las grabaciones recogían el momento en el que lo hacía a través de la puerta principal; la misma que el sacristán cerró más o menos media hora después.

—¿Está usted al tanto del funcionamiento de las cámaras de seguridad?

Tanto Laia como el subinspector habían revisado las grabaciones perimetrales esa misma mañana. En el interior del templo no había circuito cerrado de televisión por orden expresa de la diócesis de Barcelona. Era una decisión un tanto controvertida, pero lo cierto era que no había autoridad alguna que los obligara a colocar cámaras de videovigilancia en el recinto si ellos se negaban. No obstante, en el perímetro sí que estaban situadas de manera escalonada, lo que provocaba la existencia de algunos puntos muertos que imposibilitaban el correcto seguimiento de lo que podría haber ocurrido la noche anterior.

—Las grabaciones las gestiona una empresa externa de seguridad y yo no tengo acceso a ellas. Pero, por lo que tengo entendido, no funcionan del todo como deberían.

—Nuestros analistas están trabajando en ello. Por favor —continuó Laia—, recapitulemos sobre el momento en el que bajó y encontró el cuerpo de esa mujer en el interior de la capilla.

—*Mare de Dèu de Montserrat*[1] —recitó casi para sus adentros—. Me desperté como de costumbre a las seis de la mañana. Es un hábito que tengo desde hace demasiados años como para olvidarme. Bajé las escaleras y entré en la nave central del templo para dirigirme al altar mayor, a la imagen de nuestro Señor para iniciar

[1] Traducción del catalán que evoca a la Virgen de Montserrat, Patrona de Cataluña, también conocida como La moreneta.

mis rezos matutinos. Pero ya al cruzar hasta el ábside percibí algo extraño: un olor, una presencia. No sabría cómo explicarlo. —Su expresión se tornó sombría, como si le costase esfuerzo recordar lo que tan solo había ocurrido varias horas atrás.

—Llegó, rezó y giró en dirección a la torre. —Laia hizo unos gestos que el sacristán siguió con la mirada.

—Así es. Deshice mis pasos por el pasillo contiguo. Así lo hago cada mañana también para poder mostrarles respeto a las imágenes de las capillas del otro lado del corredor.

—Y fue cuando vio el cuerpo —afirmó Núñez con decisión.

Marcelino Cuevas no contestó. Simplemente asintió y se llevó las manos a la mandíbula. Intentaba borrar aquella imagen de su mente por siempre jamás: esa mujer, tan joven y llena de vida, tumbada de lado con un golpe horroroso en la cabeza y con un charco de sangre a su alrededor.

—Me asusté, me asusté mucho —les confesó sin pudor—. Lo primero que me vino a la mente fue rezar por su vida. Intenté que reaccionara, aunque no la conociera. No le vi la cara, entendí que no debía tocarla. Mas cuando después de intentar llamar su atención en varias ocasiones no me contestó, comprendí que estaba muerta.

—¿Qué hizo a continuación? —quiso saber Laia.

—¿Qué debía hacer? Fue lo primero que me pregunté nada más comprender la magnitud de la situación. Subí a mis dependencias y llamé al número de emergencia desde mi teléfono móvil. Después bajé de nuevo, me senté en un banco y velé su cuerpo. Recé por ella y por todo lo que la habría traído hasta aquí.

Los dos policías, muy desviados de las costumbres religiosas de las que hacía gala el anfitrión, asintieron y tomaron notas. En un principio, su testimonio casaba con sus planteamientos. Sin embargo, la víctima había muerto en el templo y él se encontraba en su interior en el momento del supuesto homicidio. Con lo cual, era su responsabilidad hilar fino con el objetivo de esclarecer la verdad.

—Puede ser que la víctima entrara en el momento en el que usted subió a sus dependencias por primera vez. De esa manera no pudo verla.

—Debe ser así. Luego puede que se escondiera, ¿quién sabe?

—¿Por qué iba a querer esconderse en el templo?

—Mucha gente no tiene dónde dormir, subinspector. Deberíamos poder albergar en nuestro templo a todas esas almas que no son capaces de conciliar su misericordiosa existencia. —Desvió la mirada azul hacia el crucifijo que había colgado en la pared—. Sin embargo, nos vemos obligados a cerrar las puertas de la casa de nuestro Señor. Incluso en noches tan desapacibles como la de ayer.

—Podría ser —apuntó Laia.

Acto seguido, su compañero continuó:

—Y usted permaneció sentado frente al cuerpo hasta que llegó la primera dotación de policías.

Marcelino Cuevas asintió a la vez que sus dos visitantes se ponían de pie y lo informaban de que volverían a hablar con él en caso de necesidad. Pero antes de salir por la puerta, el hombre los interrumpió de manera solemne:

—Inspectores, ¿puedo preguntarles algo?

—Adelante, lo que necesite. —Se giró la inspectora clavando la mirada en sus penetrantes ojos azules.

—¿Quién era ella? La joven. ¿Tenía familia? ¿Hijos? Me gustaría poder dedicarle unas plegarias para el eterno descanso de su alma.

—No lo sabemos —le respondió Laia taxativa—. No hemos encontrado documentación ni ningún objeto personal, por lo que no podremos identificar el cadáver hasta dentro de unas horas.

Si aquella respuesta satisfizo al sacristán, este no pareció demostrarlo. Se quedó sentado frente al escritorio, pensativo y rememorando todos y cada uno de los pasajes de aquella trágica mañana. Mientras tanto, la inspectora y el subinspector volvieron a cruzar el templo en dirección a la salida y examinaron los alrededores

de la capilla en la que aquel hombre había encontrado el cuerpo. Después, accedieron a la torre mediante una angosta escalera de caracol que los llevó hasta las dependencias del sacristán. Se trataba de una estancia pequeña pero bien organizada. Había varios muebles de madera repartidos por el espacio, una cocina pequeña y un camastro cerca del único tragaluz perforado en la pared de piedra. No encontraron nada de interés además de varios volúmenes religiosos y un par de pequeñas imágenes colgadas.

—¿Dice la verdad? —le preguntó el subinspector mientras hojeaba un panfleto eclesiástico que había cogido de un estante.

—No tiene por qué mentir. —Laia se sentó en el mullido colchón mientras un rayo de sol iluminaba su agradecido rostro. Aquellas investigaciones la ponían de mal humor—. Supongamos que esa mujer entró en el templo buscando refugio de la lluvia.

—Recién salida de la galería de antigüedades. Después de haber dejado allí el objeto que nos negó el anticuario.

—Ángel, céntrate en la basílica. Estamos aquí. Nos focalizamos en estas cuatro paredes —repelió con cierta dureza. El subinspector respondió con una caída de párpados digna de un pésimo actor—. Entró aquí buscando refugio y se escondió en una de las capillas. Si te fijas, no se ven desde la entrada del templo. Las propias rejas que las separan del pasillo central las ocultan.

—Por eso no la vio antes de cerrar el acceso principal —acertó a apuntar él.

—A esa hora debería haber alguien más en el interior.

—Debería. Sin embargo, me resulta difícil pensar que alguien haya podido pasar aquí toda la noche sin llamar la atención.

—Ya hemos revisado los accesos: la entrada principal bajo el rosetón y las dos puertas laterales, una que tan solo se abre una vez al año por Semana Santa y otra detrás de la sacristía que está clausurada desde hace tiempo. Tanto la entrada principal como

la lateral están enfocadas por las cámaras. Y no hemos visto que nadie entrara o saliera durante la madrugada, después de las nueve.

—No tenemos nada: ni sospechoso ni el objeto con el cual supuestamente la golpearon hasta matarla.

—Aparecerá —afirmó ella, poniéndose de nuevo de pie y llevándose las manos a la frente—. Compro la teoría de que entró en el templo para refugiarse. Y puede que encontrara a otra persona en el interior.

—¿Y si se hubiera citado con alguien aquí dentro?

—No es descartable. Pero deberíamos registrar de nuevo las grabaciones. Comprobar quién entró y salió. Las horas, las idas y venidas, todo. Debemos asegurarnos de que la única persona que no salió por la puerta principal fue la víctima.

—Deleguémoslo. Creo que sería necesario peinar la basílica al cien por cien —afirmó pensativo—. Hay algo que se nos pasa por alto. Existen un centenar de lugares en los que esconderse en este edificio. Es muy antiguo. Deberíamos revisar los planos originales si es necesario. ¿Quién sabe lo que se oculta en el subsuelo?

—¿Y si el sacristán realmente la vio? —Laia desvió la mirada hacia un escritorio que había en la estancia. Sobre él encontró un antiguo ejemplar de las sagradas escrituras—. Puede que la viera y que la dejara pernoctar aquí. Bajó, habló con ella y la invitó a subir.

—No lo veo, Laia. Ese hombre está asustado.

En aquel preciso instante, el jefe de la brigada de la Policía científica los interrumpió al entrar en las dependencias personales de Marcelino Cuevas. Parecía exhausto después de subir las escaleras. Tras unos segundos eternos que utilizó para recuperar el aliento, el corpulento hombre tomó aire y, con un tono que desprendía cierto halo de victoria, se dirigió a los presentes:

—Inspectores, hemos encontrado algo que os encantará revisar. —Sin mediar palabra y auspiciados por la celeridad del agente, volvieron a descender a través de las escaleras de la torre y este los

llevó hasta la entrada de otra capilla situada al lado contrario del que habían encontrado el cuerpo sin vida de la víctima—. La verdad es que ya dábamos la primera toma de contacto por finalizada, como os he dicho antes. Pero nos hemos topado con esto de casualidad. —La justificación del especialista sonaba sincera y sin tapujos.

—«Almas del Purgatorio» —leyó la inspectora en voz alta mientras se detenían en la entrada de la capilla, un escueto espacio vallado en el que entraba poca luz y en cuyo interior, además de un pequeño altar de mármol sin interés, colgaba de la pared un generoso retablo de temática religiosa bajo una escena pintada al óleo en la que varios creyentes ardían en el fuego eterno del infierno. Sin embargo, lo que el miembro de la Policía científica les mostró no era nada que tuviera que ver con la construcción en sí, sino una serie de pequeñas marcas de sangre repartidas por la pared frontal de la capilla. Eran casi imperceptibles, tanto que cualquiera habría tenido que acercarse a menos de un metro del muro para discernirlas—. El cuerpo está al otro lado del templo ¿Crees que llegó hasta aquí malherida? —le preguntó Laia mientras inspeccionaba las marcas de cerca.

—Lo dudo mucho, inspectora. Sigo pensando que la víctima murió en el mismo lugar en el que fue golpeada. Ya hemos tomado muestras de estas marcas de sangre para analizarlas. Si nos fijamos, quienquiera que haya asesinado a la víctima ha querido mostrarnos una escena del crimen cuidadosamente controlada, al menos en apariencia. No hemos encontrado huellas ni pruebas sutiles más allá de lo que el autor quiere que encontremos.

—Entonces, esta sangre, ¿crees que no ha llegado hasta aquí por un mero descuido a la hora de limpiar las supuestas huellas?

—Apostaría a que no. Todo me hace creer que nos han marcado un itinerario. Venid a ver esto. —El reclamo del miembro de la Científica no terminaba con las marcas en la pared, sino que los introdujo al fondo del espacio para mostrarles una losa del suelo

que no parecía encajar bien sobre su asentamiento porque uno de sus vértices sobresalía—. Hay más sangre —les confirmó mientras señalaba varias marcas visibles desde la distancia.

Segundos más tarde, ambos inspectores levantaron la losa, no sin el esfuerzo correspondiente. La misma tenía más de un metro de largo por otro medio de ancho. Con sumo cuidado de no estropear las potenciales huellas incriminatorias que pudieran existir, retiraron y apartaron la baldosa. Varios miembros de la Policía científica se congregaron en la entrada de la capilla y permanecieron expectantes ante lo que pudieran descubrir. Incluso el subinspector Núñez acariciaba su arma reglamentaria por mera precaución. La ausencia de la losa les mostró un orificio —por el que bien podría caber una persona— y algunos anclajes de acero a modo de peldaños que descendían hacia la oscuridad.

Laia inspeccionó la oquedad con la linterna, pero no pudo ver el fondo.

Algo aturdida, se repuso y les ordenó a los presentes que acordonaran la zona. Arqueó las cejas y observó a su alrededor. El olor a humedad y descomposición ascendía sin miramientos. Desvió la mirada hacia el lado contiguo, lugar en el que habían encontrado el cuerpo. Se llevó una mano al mentón y miró de nuevo hacia la caída que se perdía en la oscuridad.

—Quien cometiera el homicidio no salió por la puerta principal. Pudo haber escapado por aquí perfectamente.

El subinspector asintió y llevó el haz de luz de su linterna hacia la oquedad bajo sus pies.

—Daré orden para que envíen una dotación para inspeccionar el túnel.

—Bajaremos nosotros.

—¿De qué estás hablando, Laia?

—Puede que, quien sea, aún esté oculto bajo esta capilla. No tenemos tiempo que perder. —La inspectora miró al responsable

de la brigada científica—. Tráeme una linterna más potente, por favor. Y ordénales a tus hombres que se preparen para bajar después de nosotros. También necesitaremos perros.

Mientras tanto, Núñez se quitó la americana y se remangó los pantalones, mostrando unos calcetines finos que prácticamente le transparentaban los tobillos. A su espalda se escucharon murmullos curiosos a los que hizo bien en no querer prestar atención.

—Detrás de mí, Núñez.

Si de corazonadas se trataba, Laia solía errar en contadas ocasiones. También se remangó los vaqueros, agarró la linterna que le habían facilitado y enfocó hacia el túnel. De su interior emanaba un notable tufo a humedad que se incrementaba por momentos. Se giró y asintió a los presentes mientras se aseguraba de tener el arma reglamentaria a punto. Entonces se agachó, colocó la punta de sus botas en uno de los anclajes de la pared y comenzó a descender hacia la incipiente oscuridad que se abría camino bajo sus pies.